

¿Qué hacer con los intelectuales? Martínez Estrada y los debates en torno al elitismo letrado.

Lautaro Mizrahi (UNLP)

mlautaro93@gmail.com

Resumen

En este trabajo, nos proponemos analizar la producción de Ezequiel Martínez Estrada en torno a la figura del intelectual, tópico contextualizado en su crítica al peronismo. Para ello, nos centraremos en su libro *¿Qué es esto?*, aparecido un año después del derrocamiento de Perón por la autodenominada Revolución Libertadora. Este ensayo articula y reactiva ideologemas tales como la misión ética del intelectual y la crítica al elitismo letrado. Tales cuestiones, dominantes entre las décadas del cincuenta y sesenta, se desplegaron en el marco de un candente debate en torno a la función del “intelectual comprometido” —atravesado, además, por las fuertes tensiones entre peronismo y antiperonismo—. Creemos, por lo tanto, que el estudio de la obra de Martínez Estrada proporciona un punto de confluencia privilegiado para reflexionar sobre el modo en que estas concepciones se integran en un debate interdiscursivo por la imposición de un sentido hegemónico respecto de la función (social, ética y política) del intelectual. Dentro de este espacio simbólico, el autor de *¿Qué es esto?* utiliza los elementos disponibles para efectuar una intervención práctica en la realidad. Por lo tanto, y siguiendo la metodología propuesta por Palti (2003), buscaremos recuperar, además de los contenidos semánticos de la obra en cuestión, sus dimensiones sintagmática y pragmática: en primer lugar, acceder al aparato argumentativo que subyace a la instancia textual, reconstruyendo las formas del discurso y los modos de su producción; segundo, interpretar el texto como *acto de habla*, haciendo aparecer su contexto como parte integral de su sentido, y no como una mera referencia externa. Se trata, en suma, de realizar una «historia de los discursos», o de los «lenguajes políticos», tomando los discursos como *hechos sociales*.¹

Introducción

1 Palti, Elías (2003), “La historia intelectual y el malestar de nuestro tiempo”, *Anuario IEHS*, Tandil, Universidad Nacional del Centro, pp. 246-248.

Desde mediados de la década de 1930, el campo intelectual experimentó un proceso de progresiva politización de sus debates y sus intervenciones públicas. La irrupción del movimiento nacionalista vino a romper el consenso liberal, que desde la generación del 80, imperaba entre las élites locales. Acontecimientos internacionales como la Guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial profundizaron la escisión del campo en dos bandos diferenciados: el democrático y el antidemocrático. Esta época, entonces, marca la introducción de la gran mayoría de los intelectuales argentinos en el debate público sobre la coyuntura política. Abandonando las premisas del apoliticismo, buscaron defender activamente la cultura de aquello que consideraban su mayor amenaza: el fascismo. Las reglas de funcionamiento del campo, sus temáticas y sus discusiones, fueron progresivamente subsumidos a esa lucha. Un ejemplo de esto lo tenemos en las publicaciones (como la revista *Sur*), las cuales podían llegar a escoger o rechazar autores según sus alineaciones políticas.

Esta situación da cuenta del proceso, estudiado por Fiorucci (2011), de politización del debate intelectual en la Argentina a partir de los años 30: supuso el surgimiento de un actor social que se concibe con autoridad para interpelar al conjunto de la sociedad y, en especial, al poder político. El intelectual se asumió como una figura pública cuyas responsabilidades sobrepasaban las de su propia especialidad. Esta autopercepción responde a la figura de un intelectual que proyecta su función de censor público o defensor de los valores universales de la cultura en un sentido normativo, y que se considera autorizado para poder cumplir dicho papel más allá de sus intereses y conocimientos particulares, como la literatura.²

Es en este contexto donde los sectores autoidentificados como democráticos leyeron el golpe de Estado de junio de 1943 como una reencarnación, en su versión criolla, de los fascismos europeos, visualizando en Perón a su principal figura política. Y así es como el antifascismo derivó rápidamente en antiperonismo, produciendo que la mayoría de los escritores se posicionara a favor de la Unión Democrática. La llegada de Perón a la presidencia, no obstante, cerró un ciclo dentro del campo intelectual argentino. El peronismo provocó el desdoblamiento del campo, y se produjeron fracturas definitivas en aquellos lugares donde desde los años 30 ya se visualizaban tensiones. En paralelo, la política pasó a ocupar un lugar marginal dentro del discurso público intelectual. Con el fin de preservar la vida de las instituciones y los proyectos culturales, los intelectuales antiperonistas moderaron el tono de sus intervenciones y disminuyeron su grado de participación en la esfera pública.

2 Fiorucci, F. (2011) *Intelectuales y peronismo*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 67-68.

Desde 1946, los intelectuales dejaron prácticamente de interpelar a la sociedad y al gobierno por cuestiones referentes a la política.

La precavida actitud de las instituciones que se autorrepresentaban como compelidas por imperativos morales superiores a cualquier consideración coyuntural (el caso de la Sociedad Argentina de Escritores o de *Sur*) muestra, entonces, cómo se llevó a cabo un proceso de *despolitización* en función de la supervivencia institucional. El ciclo de politización de los escritores, abierto por la emergencia de los totalitarismos en Europa, evidentemente se había desacelerado. Ya no eran los devenires políticos, percibidos como amenazas para la civilización occidental, lo que despertaba su participación, sino las políticas específicas que se inmiscuían sobre los mecanismos de ordenación del campo intelectual. Y es esta diferencia la que recortaba, para la intelectualidad argentina, un rol diferente del que había sido promovido como modelo desde los años 30: de guardianes de los valores universales de la libertad y la democracia, los intelectuales pasaban a circunscribir sus intervenciones a las defensas profesionales. Esta especificidad debe ser vista como parte de una estrategia con el fin de permitir la supervivencia de la vida cultural ante lo que se consideraba un contexto político hostil.³

¿Qué hacer con las masas?

El derrocamiento de Perón dio inicio a un nuevo ciclo al interior del campo intelectual. Altamirano (2001) ha abordado el debate discursivo respecto al peronismo en el marco de la autodenominada Revolución Libertadora, considerando las intervenciones de diversas figuras, desde la condena radical del peronismo hasta la autocrítica respecto de la propia incompreensión intelectual sobre el movimiento. Toda la discusión intelectual en este contexto estará regida por la siguiente problemática: si las masas ya no van a renunciar al progreso alcanzado con Perón, ¿qué forma debe asumir el posperonismo, dado que el retorno del modelo político depuesto tampoco era admisible? La pregunta era: “¿qué hacer con las masas?”. Pero en lo que parecía una única lucha se entrecruzaban dos tipos de disputa: al combate por la supremacía entre fracciones de las élites políticas se sumaba la polémica por la dirección del campo intelectual entre miembros de las élites culturales.⁴

³ *Ibid*, pp. 77-78.

⁴ Altamirano, C. (2001). “¿Qué hacer con las masas?”. En Sarlo, Beatriz. *La batalla de las ideas*. Buenos Aires: Ariel, p. 19.

Neiburg (1998), por su parte, analizó el campo intelectual peronista y antiperonista en los años cuarenta y cincuenta, intentando definir una tipología de posiciones frente al problema. Para todas las interpretaciones, la *base social* del peronismo había sido el pueblo, por lo que había que formular hipótesis sobre el origen de esta *adhesión* popular, así como de los atributos de ese pueblo que había reconocido en Perón a su *líder*. Por otro lado, la Revolución Libertadora había provocado una discontinuidad en la relación entre pueblo y líder, y entonces había que considerar también *qué hacer* con el pueblo peronista en el futuro. Por último, cada intérprete concebía un lugar para sí mismo en la sociedad argentina posterior al golpe y, en consecuencia, formulaba alguna representación sobre su propia identidad.⁵

Según Neiburg, toda interpretación de este fenómeno político y, a su vez, toda representación sobre la autoridad de su intérprete, debía responder a cuatro cuestiones, que se imponían como dicotomías u oposiciones. En primer lugar, las identidades se distribuían según la valoración del hecho peronista. En el extremo positivo, se ubicaban las identidades *peronistas*; en el negativo estaban las *antiperonistas*. Un segundo binarismo enfrentaba las diversas alternativas de *peronización* de los intérpretes y de *desperonización* del pueblo. La tercera dicotomía contraponía el discurso con las pretensiones descriptivas y axiológicamente neutrales de la ciencia positiva a las formulaciones normativas, orientadas al campo político y al universo de las leyes. Por último, las interpretaciones que buscaban sustento en algún tipo de referencia al propio sujeto o intérprete se oponían a las interpretaciones distanciadas, apoyadas en un postulado sobre la exterioridad entre sujeto y objeto. De esta manera, los intérpretes construían sus posiciones y argumentos de autoridad con una amplia gama de combinaciones al interior de este esquema.⁶

Neiburg advierte que, a su juicio, el debate sobre la naturaleza y los orígenes del peronismo es revelador de una propiedad constitutiva de toda lucha de clasificación: en la discusión estaban en juego, al mismo tiempo, la definición de las propiedades del *objeto* referente (el peronismo), la identidad social de cada *sujeto* que adoptaba una interpretación (las sociodiceas de las diferentes figuras que polemizaban) y las características respecto a las *relaciones* entre ambos. La comprensión del debate intelectual en torno al peronismo exige, por lo tanto, considerar al mismo tiempo estas tres dimensiones.⁷

5 Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza. Prismas (2006). Nº 10. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 50-51.

6 *Ibid*, pp. 51-52.

7 *Ibid*, pp. 52-53.

El debate acerca de la verdadera naturaleza del peronismo, y el significado de su irrupción en la vida social del país, quedaba planteada en los siguientes términos: había que descubrir las *causas* que llevaron a su *base social* —el pueblo— a adherir a su *líder* —Perón—. Pero el problema de la adhesión no sólo implicaba tal o cual interpretación sobre hechos pasados. Revestía, además la suma importancia de determinar cómo podía reestructurarse la sociedad argentina después de la Revolución Libertadora. Pues el fin del gobierno peronista y el exilio de su líder habían colocado a su social en una situación, al decir de Germani, de *disponibilidad* para nuevas adhesiones. Al auge victorioso del frente antiperonista siguió su disolución producto de las querellas en torno a esta cuestión. Todas las interpretaciones del peronismo propusieron modos nuevos de relacionar esos dos grupos sociales en disponibilidad: el pueblo que había quedado huérfano de su líder y los dirigentes políticos potenciales que carecían de una base social. Estos últimos propusieron diversas alternativas para integrar al pueblo, que iban desde su propia *peronización*, autopercebida como autocrítica del simplismo antiperonista anterior, hasta la *desperonización* del pueblo, lo cual incluía procesos prolongados de educación democrática del pueblo, así como también otras medidas netamente autoritarias.⁸

Modelos de intelectual

Hemos visto cómo el período posterior a 1955 abrió nuevas perspectivas respecto al experiencia peronista, así como también a la función política, ética y social de dirigentes e intelectuales. En este sentido, creemos que la obra de Martínez Estrada proporciona, para el análisis de estos procesos, un punto de contacto entre las diversas discursividades del fenómeno en cuestión. La singularidad de su libro producido en 1956, *¿Qué es esto?*, no radica ciertamente en la originalidad de sus ideas, pues recoge y amalgama tópicos ya existentes en el ámbito de las ideas sociales argentinas. Más bien, creemos que este largo panfleto representa un lugar de convergencia de los discursos hegemónicos en torno a los sectores populares, la democracia de masas, el rol de la intelectualidad argentina, sus vínculos con el pueblo, el resentimiento histórico y la culpa o responsabilidad compartida por la experiencia peronista, entre otras temáticas.

En sintonía con el modelo de intelectual que Martínez Estrada cree configurar en sus ensayos, subraya un contraste radical entre los intelectuales funcionales al peronismo y los que se ubicaron en oposición al mismo. Para estos últimos, recorta un espacio idealizado de

⁸ *Íbid*, p. 20.

enunciación ética, comprometida con la coyuntura política pero autónoma respecto de las filiaciones partidarias. Mientras tanto, suelta diatribas encolerizadas contra lo que considera una *intelligentzia* retrógrada y servicial del gobierno peronista.

El pueblo sobre el que Perón imperó no fue únicamente el de los descamisados gremiales sino el de los andrajosos intelectuales, escritores y periodistas. Adelante de la chusma ignara, sosteniendo estandartes de “libros sí, alpargatas no [sic]”, iban los corifeos de la barbarie ilustrada; detrás la turba que, al menos, no estaba ensoberbecida. Pues si tengo que declarar a quiénes desprecio más, diré categóricamente que a los impostores del saber, a los jesuitas de la cultura [...]. En pocas palabras, tan corroído está el populacho como la *intelligentsia* y es que la flor no puede ser diferente de la planta y la planta de la raíz.⁹

Así y todo, sin embargo, las invectivas de Martínez Estrada alcanzan también al arco antiperonista, denunciando la falta de comprensión del pueblo argentino por parte de dirigentes e intelectuales opositores a Perón. Sus reservas hacia el gobierno de la Revolución Libertadora le valieron una trascendente polémica con Jorge Luis Borges quien, no dudó en interpretar el *¿Qué es esto?* como un elogio al peronismo. Martínez Estrada había proclamado: «hay que saber quién ha sido para sentenciarlo, y la mayoría de sus acusadores ignoran quién fue. Señores acusadores: ha sido un gobernante superior a vosotros, y si me replicáis que más infame, tenés que demostrármelo»¹⁰. Y, más adelante:

Perón [...] ha puesto en la cabeza del pueblo apático y sufrido la noción de que tiene derechos, sean los de su trabajo o los del despojo [...]. Perón realizó en diez años lo que otros gobernantes no hicieron en cien años. En muchos conceptos Perón marca una avanzada sobre la vanguardia del pensamiento social y político argentino. Es preciso que sin pérdida de más tiempo, los hombres de derecha y los de izquierda declaren franca y claramente por qué son sus opositores.¹¹

Es a través de estas autofiguras mediante las cuales Martínez Estrada busca consagrarse como un “profeta solitario”. Martínez Estrada habla de su deber de escritor como de un «imperativo absolutamente categórico, inexorable, terrible, exterminador»¹². Y declara: «en cuanto a la elegancia de mi actitud, a la corrección de mis movimientos, a las

9 Martínez Estrada, E. [1956] (2005). *¿Qué es esto?* Catilinaria. Buenos Aires: Colihue, pp. 73-74.

10 *Íbid*, p. 342.

11 *Íbid*, pp. 355-356.

12 *Íbid*, p. 37.

interjecciones que profiero, no se olvide que estoy peleando»¹³. Sin embargo, su tarea es también la de un intelectual que se concibe a sí mismo como ajeno a la lucha partisana, eximido de cualquier culpa respecto a la experiencia del peronismo y su ulterior desperonización: «éste es el lenguaje que tenemos que hablar, el lenguaje de los hombres decentes, el de los acusadores que tenemos las manos limpias»¹⁴. Reclama para sí un punto de vista gnoseológico superador de las reyertas entre peronismo y antiperonismo:

Yo quiero contribuir a esclarecer el peronismo como problema o enigma de la nacionalidad, no como secta o partido: servir la causa de mi pueblo y de mi nación por encima de los intereses de las facciones en pugna. No es que pretenda, como se me ha reprochado tan pronto, ocupar una tercera posición. Pretendo tomar altura, hasta donde mis alas me lo permitan, por cuanto no combato desde un flanco sino desde arriba¹⁵.

Su misión, por lo tanto, parte de un espacio privilegiado, que reactiva una retórica magisterial y elitista y se compadece del pueblo al que cree representar, proponiéndose purificarlo y regenerarlo¹⁶.

Este lugar de autolegitimación que enuncia para sí le ha valido la crítica que Juan José Sebreli le dedica, desde un existencialismo marxista, en su ensayo *Martínez Estrada: una rebelión inútil*. En este libro, Sebreli cuestiona el idealismo moral esgrimido por el autor de *¿Qué es esto?* y ataca esa concepción de pensador aislado del mundo, despreocupado de la cosa pública y encerrado en sí mismo para consagrar toda su vida a la búsqueda de la verdad.

Sebreli compara a Martínez Estrada con un neurótico que se aferra a su enfermedad: de forma análoga, el escritor de *Radiografía de la pampa* se afianza en su escepticismo para no abandonar su papel de denunciante profesional, que es su razón de ser. Se complace en su indignación y, aunque pretenda lo contrario, teme que su crítica de la sociedad llegue a realizarse y ésta pueda ser efectivamente cambiada.

La contradicción desgarrante de Martínez Estrada consiste en no poder vivir su ideal —que él mismo reconoce como irrealizable— y vivir de hecho en la sociedad y por el mismo orden que repudia. Es decir que, en tanto considera como verdadero y esencial lo irreal —puesto que no

13 *Íbid*, p. 37.

14 *Íbid*, p. 341.

15 *Íbid*, p. 36.

16 Mailhe, A. (2010). "Los sectores populares y la cultura popular en el ensayismo de Ezequiel Martínez Estrada, 1950-1960". En: Mailhe, Alejandra (comp.). *Pensar el otro / pensar la nación. Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina*. La Plata: Al Margen, p. 287.

existe—, debe considerarse como falsa a la realidad efectiva. En esto consiste precisamente el mecanismo mental del loco.¹⁷

Según Sebrelí, Martínez Estrada se dirige al pueblo porque no le queda más remedio. Lo lleva a cabo desde un pedestal, sin mirarlo a la cara. Su único interlocutor digno sería Dios, y el pueblo meramente su intermediario, su médium.

El sacrificio de Martínez Estrada llevado hasta las últimas consecuencias de soledad y de desesperación nos deja el ejemplo de un hombre sublime en el orden de lo individual, pero su valor sólo puede ser tal desde el punto de vista de Dios; aquí, entre los hombres, carece de todo significado pues no sirve a nadie, es una pasión inútil.¹⁸

Reactivando otro de los tópicos presentes en la historia de las ideas argentinas, Martínez Estrada enfatiza en el carisma de Perón y sus virtudes oratorias. Considera que la palabra fue el instrumento más poderoso de la victoria de Perón. Le atribuye a su voz funciones mágicas, casi diabólicas, buscando explicar así la adhesión del pueblo a su líder. Así, refuncionaliza los temas de la psicología de las masas, pregonada por Gustave Le Bon y, en Argentina, por José María Ramos Mejía (*Las multitudes argentinas*) sobre el rosismo y su base social¹⁹.

La fuerza de catequesis más poderosa del peronismo, repito, fue la oratoria de Perón. Más que su presencia arrogante, su voz misteriosa, surgida del diabólico altoparlante de la radio en todos los lugares del país. La palabra en su función mágica primigenia, la del *fiat*, como la utilizaron Mussolini y Hitler, reemplazada la calidad por la cantidad, fue irrigada por los altoparlantes en todo el ámbito del país. Le favoreció como excipiente su poderosa y persuasiva voz. Sin analizar el valor intrínseco de sus arengas, relativamente a la eficacia de las mismas y a su cotejo con la oratoria de los líderes opositores, la suya sobresalió como un águila entre gallinas.²⁰

Claro que esta oratoria está contaminada, según el ensayista, de elementos irracionales y patológicos. Acentúa el contraste con el canon de la retórica occidental, representado por Aristóteles, Quintiliano y Cicerón, con quien el mismo autor del libro se autoidentifica.

17 Sebrelí, J. J. (1986) *Martínez Estrada: una rebelión inútil*. Buenos Aires, Catálogos Editora, p. 95.

18 *Íbid*, p. 103.

19 Mailhe, A. (2010), *Op. cit.*, pp. 286-287.

20 Martínez Estrada, E. [1956] (2005). *Op. cit.*, p. 297.

Es natural que desde el punto de vista crítico de los valores retóricos, rubricados desde Aristóteles y Quintiliano acá por los preceptistas, otros oradores políticos —estuve por escribir demagogos— lo han superado; pero en fuerza de persuasión, limpia de todo *pathos* escenográfico, que es uno de los valores clásicos de la elocuencia, nadie lo alcanzó.²¹

De esta manera, el ensayista traza para sí mismo una figura simbólica de intelectual puro, a salvo de las pasiones infundidas por la palabra. Este espacio simbólico legitima su autoridad para interpretar el enigma argentino, a la vez que para redimir a su pueblo y purificarlo desde una posición de superioridad paternalista. Si Perón logró conquistar al pueblo con la palabra, la tarea de purificarlo deberá realizarse por los mismo medios.

Todo dependerá de que encontremos la fórmula exacta, las pocas palabras del conjuro. El secreto es ése: hallar las palabras. Y hemos de confesar que Perón las encontró según sus propósitos, y que si en vez de hablar un lenguaje mendaz hubiera hablado el del verdadero patriotismo, habría podido realizar lo que ahora es también posible pero más difícil. Porque la empresa de regenerar, decía ya Echverría a De Angelis, o de purificar a nuestro pueblo ha de ser, a mi juicio, obra de ensalmo, por decirlo así. Pocas palabras y acaso una, como “Sésamo” o, con más aproximación, tres: “Levántate y anda”.²²

Resulta interesante evaluar en qué medida esta idealización no constituye una reformulación del modelo de intelectual dominante en la concepción de la autonomía ética del letrado, presente en *La traición de los intelectuales (La trahison des clercs)* de Julien Benda (1927) y, consecuentemente, en la revista *Sur* (grupo al cual Martínez Estrada se halla vinculado).

En este sentido, Altamirano (2013) realiza un recorrido teórico por los distintos modelos normativos que, a lo largo de la historia de la cultura, han inspirado la labor e identidad del intelectual. Cualquiera de estas figuras dibuja, en cada época, una frontera entre dos tipos de intelectuales: los verdaderos (es decir, los fieles a su misión) y los falsos intelectuales (los impostores que traicionan su mandato). Según el autor, son los propios intelectuales los más inclinados a las descripciones normativas de su papel. De esta manera, la pregunta “¿qué es un intelectual?” conlleva otro interrogante: “¿qué debe ser un

21 *Ibid*, p. 297.

22 *Ibid*, p. 41.

intelectual?”. La cuestión, entonces, cobra sentido moral y la intelectualidad es representada como un grupo *sui generis*, una “clase ética” asociada con una misión²³.

La formulación de la concepción clásica del intelectual proviene del manifiesto de Julien Benda. Allí, se sitúa a los denominados *clérigos* (*clercs*) en una función que no es política ni sociológica, sino trascendente y de orden moral.

[...] Hablo de esa clase de individuos a los que llamaré intelectuales (*clercs*), designando así a todo aquellos cuya actividad no persigue esencialmente fines prácticos, sino que, al pretender su felicidad del ejercicio del arte, de la ciencia o de la especulación metafísica, en resumen, de la posesión de un bien no temporal, de alguna manera dicen: «Mi reino no es de este mundo». Y de hecho, desde hace más de dos mil años y hasta estos últimos tiempos, percibo a través de la historia un flujo ininterrumpido de filósofos, de religiosos, de literatos, de artistas, de científicos —podemos decir casi todos en el curso de este período— cuyo movimiento es una oposición formal al realismo de las multitudes.²⁴

Esta imagen del intelectual consagrado ascéticamente al estudio desinteresado de la ciencia y a la creación artística se encuentra en decadencia, según cree advertir Benda: los intelectuales del último siglo ya no desprecian el realismo de los pueblos ni se mantienen a distancia de lo inmediato y lo temporal. Ahora, en cambio sucumben a las pasiones seculares, fundamentalmente a las pasiones políticas y los fanatismos patrióticos. Los modernos ni siquiera se limitaban a dar apoyo o tomar parte en esos movimientos, sino que les hacen el juego al transmitirles su afán de continuidad, homogeneidad y coherencia. Así, las pasiones que antes respondían sólo a impulsos discontinuos, ahora se ven perfeccionadas por obra de los intelectuales, que las sistematizan ordenándolas en torno de doctrinas.

Como reacción a estas representación de la labor letrada, el modelo sartreano del intelectual comprometido se encuentra, al igual que el *clerc* de Benda, investido de una misión. Pero ésta no es, en este caso, la de guardián de los valores trascendentes e intemporales. El acto de escribir es, para Sartre, un acto de libertad cuya evasión sólo representaría el ser cómplice de los opresores. La escritura evoca un deber moral, pues la libertad del escritor, como la de todos los hombres, es una libertad situada. Y, como tal, se desenvuelve únicamente en una situación y dentro de esa misma situación. La misión del escritor (o, diríamos, del intelectual), consiste, en suma, en proporcionar a la sociedad una

23 Altamirano, C. (2013). Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, pp. 37-38.

24 Benda, J. (2008). La traición de los intelectuales. Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 123-124

“conciencia inquieta” de sí misma, que la arranque de la inmediatez de lo dado y despierte la reflexión crítica²⁵.

Conclusión

¿Dónde ubicar, entonces, la figura de Martínez Estrada dentro de este esquema? Sostenemos que el escritor de *¿Qué es esto?* oscila entre estos dos modelos de intelectual. Por un lado, se postula como immaculado defensor de valores eternos, a salvo de la lucha entre facciones y desde una posición de objetividad que le brinda su actitud exterior a estos conflictos. Por otra parte, también se plantea a sí mismo como un encarnizado luchador, que en su incansable pelea deja de lado los ademanes gentiles y los protocolos, porque se compromete en cuerpo y alma con su causa. Tomando el esquema de Raymond Williams, podemos considerar su obra como punto de clivaje entre un modelo *dominante* de intelectual (el promovido por Benda) y ciertos elementos *emergentes* entre las décadas del 50 y 60 que postulan al intelectual comprometido *à la Sartre*.²⁶

Esto nos permite apreciar su obra (y, en particular, su ensayo *Qué es eso*) como un espacio donde convergen dos modelos normativos, en el campo de las ideas argentinas posterior a la caída del peronismo, representaron los dos polos de una lucha interdiscursiva por la hegemonía respecto al rol de la elite letrada y sus relaciones con las masas políticas. La coexistencia de discursividades antagónicas en el *Qué es esto* revela la presencia de contradicciones irresueltas en Martínez Estrada, materializadas en la textualidad de la obra. El conflicto interno entre diversas formulaciones, y el tránsito alternado de una a la otra revela las notables fracturas ideológicas en el seno del mismo autor.²⁷

Al respecto, podemos volver a Neiburg y dejar planteada su evaluación de Martínez Estrada como un “profeta desarticulado”. Para el autor de *Los intelectuales y la invención del peronismo*, el mayor mérito del *Qué es esto* reside en su forma más que en su contenido. Ambigüedad, desorden, contradicción y redundancia: todo esto no hace sino mostrar, de un modo exacerbado, algunas de las características de la producción intelectual de su propio autor. Por último, el provocativo epílogo del libro, donde Martínez Estrada reproduce las palabras de Sócrates previas a beber la cicuta, puede ser comprendido como una metáfora del suicidio heroico del ensayista ante el inevitable ascenso de las ciencias sociales como

25 Altamirano, C. (2013). *Op. cit.*, pp. 42-47.

26 Williams, Raymond (1980), “Dominante, residual y emergente” en *Marxismo y Literatura*, pp. 145-147.

27 Angenot, Marc (2010). “El discurso social” en *El discurso social*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 34.

disciplinas científicas. El último acto del drama nacional consiste en la muerte misma del ensayo como lente privilegiada para interpretar el país²⁸.

Bibliografía

- Altamirano, C.
 - (2001). “¿Qué hacer con las masas?”. En Sarlo, Beatriz. *La batalla de las ideas*. Buenos Aires: Ariel.
 - (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Angenot, Marc (2010). “El discurso social” en *El discurso social*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Benda, J. (2008). *La traición de los intelectuales*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Fiorucci, F. (2011) *Intelectuales y peronismo*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Mailhe, A. (2010). “Los sectores populares y la cultura popular en el ensayismo de Ezequiel Martínez Estrada, 1950-1960”. En: Mailhe, Alejandra (comp.). *Pensar el otro / pensar la nación. Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina*. La Plata: Al Margen.
- Martínez Estrada, E. [1956] (2005). *¿Qué es esto?* Catilinaria. Buenos Aires: Colihue.
- Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza. Prismas (2006). N° 10. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 50-51.
- Palti, Elías (2003), “La historia intelectual y el malestar de nuestro tiempo”, *Anuario IEHS*, Tandil, Universidad Nacional del Centro.
- Sebreli, J. J. (1986) *Martínez Estrada: una rebelión inútil*. Buenos Aires, Catálogos Editora.
- Williams, Raymond (1980), “Dominante, residual y emergente” en *Marxismo y Literatura*.

28 Neiburg (1998). *Op. cit.*, pp. 80-82.